

UN CAPÍTULO DE LOS SIMPSONS

El devenir de los sempiternos animados de Springfield acompañaron los últimos sorbos de mi café aquella errática mañana. Me levanté para cerrar la ventana. Venía haciendo un viento inusitado desde hacía ya varios días. No conseguía arrancar de mis pensamientos aquella foto. Últimamente estaba sacando las cosas de quicio por cualquier nimiedad, abordada por el panorama tan extraño que vivíamos con aquel virus que se había desatado en Wuhan. Unos amigos italianos me transmitieron de primera mano que aquello no era ninguna broma. Y cualquier cosa parecía servir de excusa para fundamentar mi desasosiego. Sabía que Diego no tardaría en llegar a casa. Mi respiración empezó a acelerarse. Me repetí a mí misma que nada de dramas en estos momentos. Cerré los ojos y empecé a alargar mis exhalaciones, a ver si así alargaba también la mecha de mis efervescentes pensamientos. Al fin se oyó la puerta. Extrañé el halo a Boss Bottle que siempre entraba antes que Diego a la casa. Y enseguida se me abalanzó con su sonrisa de ojos alegres. Le abracé y retrocedí como un resorte sobre mi cuerpo de manera casi refleja, tratando de ocultar mi rostro fruncido, en una lucha de contención en la que parecía que iba a convulsionar.

—¿Pasa algo Isabel? ¿Por qué no me besas?—extendió los brazos en un gesto de sorpresa.

—Ayer vi la foto—. Las palabras me explotaron en los labios sin avisar.

—¿Qué foto?

Una que colgó tu amigo Juan, hará ya una semana, en la que estabais toda la cuadrilla en la mascletà. Bueno... todos menos yo.

—Escucha—avanzó Diego tratando de tocar en vano mi brazo escurridizo.

—No tengo que escuchar nada—le hice el alto. —Sabías que yo quería ir. Y tú me dijiste que era peligroso, con todo esto del virus. Pero ahí se os ve en manada—espeté desdeñosa con mi dedo índice dibujando filigranas en el aire y gesto inquisitivo. — ¿No me dijiste que ibas a casa de tu padre?

—Así es. Sabes que tengo que cruzar la plaza del ayuntamiento. Me retrasé en el trabajo y de pronto me vi atrapado entre la multitud y justo estaban ellos allí, en la esquina de correos. Me resultaba más fácil esperar. Estoy agotado de todo lo que se está oyendo en las noticias acerca de ese virus. Sólo quiero que llegue el sábado que viene para irnos al Spa—sus ojos brillaron al decirlo.

Le di la espalda presa de mis sentimientos encontrados. Por una parte deseaba que Diego me abrazara y a la vez quería estar sola.

—Yo también. Pero sabías la ilusión que me hacía ir a la mascletà. Ahora ya no se puede—sollocé—. Ojalá nunca hubiera visto esa foto.

Diego humilló las pestañas sin saber qué decir. Luego, cuando el berrinche apretaba, sus ojos se perdieron perplejos en el reguero de lágrimas que cubrían mis carrillos hinchados. Una tos seca le vino de repente. Era asmático y cuando se ponía nervioso le daban achaques importantes.

—Siento si te ha molestado—dijo al fin—. Yo no hubiera ido. Ya te dije que quedé atascado. La tos arrancó esta vez en un tempo capaz de acompañar mi llanto, imprimiendo todavía más empaque a una escena de lo más infantil, en la que no sabía cómo gestionar el bucle.

—¡Vete! Quiero estar sola—me deshice en el sofá, apoyando los codos en la mesita cubriéndome la cabeza con las manos. Seguidamente la ladeé un poco hacia Diego para asomar la nariz por el hueco. —Bueno, bebe antes un vaso de agua, vaya tos—me quedé callada unos segundos y luego extendí el brazo en su dirección agitando suavemente los dedos de la mano —Vale ya me calmo. Quédate.

—Voy a por el ventolin y ahora vuelvo—exclamó éste contrariado, mientras trataba de controlar el brote que le asfixiaba la garganta. Me besó la frente y se marchó decidido. El estruendo de la puerta por el efecto del aire se solapó con el sonido de los informativos que irrumpía con una sonora energía en la habitación. Apareció el presidente del gobierno informando de que se iba a decretar un estado de alarma. Me levanté de súbito para acercarme a la tele. Una ventisca de aire impactó contra la ventana con furia, haciendo que el ala derecha se estampara contra un cuadro que me regaló Diego, cuyo cristal quedó hecho añicos en el suelo.

—¡Maldita sea!—mis ojos atraparon los pedazos con estupor. Entre los que se adivinaba una foto de nuestro viaje a Londres. El corazón me iba a mil por hora. Cerré la ventana con avidez y mientras recogía los cristales escuchaba las noticias, como si de un mal sueño se tratase. Se me cayó el recogedor cuando Pedro Sánchez sentenció que debíamos permanecer confinados de manera inminente. La angustia me recorrió el cuerpo. Quería que Diego regresara ya. Ahora me sentía fatal por haber discutido. Llamé a mis padres preocupada. Luego al trabajo. Me dijeron que tenía que quedarme en casa, era todo muy confuso. Diego no llegaba y yo necesitaba de aquel beso rehusado hacía unas horas. Y seguro que él también. Decidí llamarlo. Daba línea, pero saltaba el contestador.

—Diego, ¿has oído al presidente? Por favor, vuelve. Que ya no estoy enfadada. Necesito que vuelvas. Estoy asustada. Llámame pronto.

Después de casi una hora dando vueltas en círculo por la habitación, por la que se derramaba como lava el sordo eco de las noticias, volví a llamar a Diego. Al fin me lo cogió...

—Isabel, no puedo hablar ahora. Estoy en el hospital. Estos días no dejaba de toser y no quería preocuparte. Ya sabes cómo está la cosa ahora mismo.

—¿Qué cosa?—me asusté—. ¿Has oído las noticias?—agolpaba las palabras sin sentido—. Me quiero confinar contigo, tengo miedo, me han dado de baja en el trabajo. ¡Diego!—me eché a llorar de nuevo—. ¿Estás bien?—llegó un punto en el que ya no podía hablar, estrangulada por un nudo que me aprisionaba la garganta.

—Me van a hacer una prueba para descartar. Te llamaré en cuanto salga.

De pronto se escuchó su nombre por megafonía al otro lado del auricular y se cortó la comunicación.

Como pude, me hice una tila y permanecí en el sofá expectante, hecha una bola, agazapada a mi propio cuerpo mientras seguía observando al presidente en cada informativo repitiendo las palabras "alarma", "bicho" y "esto lo paramos entre todos". Se nos congelaba la vida sin previo aviso. Me había puesto el vestido que David me regaló justo un mes antes, el 14 de febrero. Era fresco, pero yo estaba ardiendo. El susto me aflojó el cuerpo. Y luego traté de engatusar a la mente para paliar un poco el malestar, imaginándonos en aquel Spa de Teruel, perdidos en la magia de sus calles medievales como si fuera la misma Isabel Segura de la mano de su amado Diego... El sonido del teléfono me tambaleó el cuerpo...

—¡Cariño, por fin!... ¿Qué te han dicho? ¿Me perdonas por lo de antes?

—Sabes que sí. Escucha, Isabel—tragó saliva. —Tengo el Covid.

—¿Qué? ¿Cómo? Pero... tú eres muy joven. No puede ser.

—Eso da igual. Soy asmático, y lo he contraído. Voy a estar aquí unos días aislado en una habitación, pero podemos comunicarnos. Ahora quiero que estés tranquila y me escuches.

—¿Cómo voy a estar tranquila?—sentí un pinchazo que me estrujó el cerebro y empecé a ver vidrioso.

—Serán unos días nada más—Diego empezó a toser mientras me hablaba—. ¿Has comido algo?

—¿Cuándo vas a volver? Intenté comer una crema de calabaza, pero no me sabía a nada. Tengo el cuerpo encogido. ¿Y a ti te dieron algo? ¿Y el Ventolin? ¿Por qué toses tanto?

A Diego apenas le salía un hilillo de voz, hasta que finalmente se entregó de lleno a aquella tos sorda que no dejaba de inflamar el auricular. Y de pronto una sirena de timbre estridente y unas voces agolpándose con furia...

—¡Rápido! Tenemos que intubarlo.

Se me cayó el móvil y me venció una sensación de desvanecimiento que me arrastró hacia el suelo, sumiéndome en un vívido letargo cuyas imágenes permanecerían en mi retina y en memoria para siempre ...

Encendí la luz del comedor. Y mientras me dirigía hacia la cocina a por un poco de agua, me giré para contemplar a Diego, disfrutando de un capítulo de los Simpsons como cada día. El confort de su presencia me arrancó un suspiro. De pronto se puso a toser, víctima de una palomita de maíz que se le resistió al tragar. Me lancé a besarlo de manera instintiva. Una lágrima se deslizó por mi mejilla, recordando escenas de familiares desesperados, que no pudieron abrazar a algunos de nuestros compañeros de enfermedad. Los que no lograron salir. Nosotros conseguimos ver la luz. Diego me sonrió mientras me acariciaba el pelo. Homer Simpson parecía observarnos impertérrito desde su sofá. Ese hombre había sido cómplice de todos los capítulos de nuestra vida y nosotros de la suya. Sólo cabía esperar que este capítulo acabase pronto. Mientras tanto estábamos confinados. Felizmente confinados. A salvo en casa y con todo lo que necesitábamos para ser felices.